

Entendimiento y Valoración Política del Hombre

(Continuación)

Por JOSÉ MARÍA DEL MORAL Y PÉREZ DE ZAYAS

El hombre no puede lograr la realización de su naturaleza concreta de hombre más que por el amor, que es el que la realiza y la encarna, porque el amor se encuentra en el origen de toda actuación del hombre.

«Amor meus. pondus meum; illo feror, quomunque feror», mi amor es mi peso, por él soy conducido doquiera me encamine, escribió San Agustín, que aun añadiría en una insuperable exaltación del amor, aquello tan conocido como a veces mal interpretado de «ama et face quod vis», ama y obra como quieras.

El hombre en su puesto. El Cristianismo lo afirma ente unívoco e integral, sujeto a tendencias contradictorias. Su espíritu y carne, inseparables de por vida, presentan a veces la apariencia de dos principios contradictorios, contradicción que se salva, como acabamos de ver con San Agustín, por la ley del Amor. Toda la filosofía cristiana va a recoger esta tensión del hombre suspendido entre dos posibilidades últimas y la va a interpretar como una situación ontológica intermedia entre la creación y el Creador, incluso en forma extrema entre nada y Dios. Porque, en efecto, el hombre es un «ens creatum», una criatura como las demás, vinculada a las cosas del mundo y en este sentido comparado con el ser de Dios, una nada. Pero, por otra parte, el hombre es capaz de saber y de este modo envuelve la totalidad de la creación entera, en cuanto conocida, y se pone por encima de ella, próximo a Dios, a quien también conoce en su obra y de quien es imagen—«mago Dei».—De aquí ese entendimiento pendular y trágico, grandioso y agónico, del hombre como intermedio entre la nada y la divinidad.

Nunca el hombre pudo soñar en llegar tan alto. Los mismos ángeles, si en la pureza de su espíritu hubiese habido cabida para ello, sin duda que hubiesen tenido envidia del hombre en el día de la Redención al saber de la predilección divina.

Es precisamente desde esta alta cima, desde donde había que otear el panorama terrestre y temporal de lo político. El nuevo hombre exaltado y dignificado, hasta el punto de que su naturaleza desfalleciente al contacto con la gracia alcanza límites superiores a la propia naturaleza angélica, ha de vivir también en una comunidad de hombres, ha de ser miembro de un Estado que tiene su propia existencia y que la apoya precisamente en exigencias para con los hombres cuyo ordenamiento incita, formula y vigila.

¿Cómo concertar tales extremos? ¿No parece que la lógica consecuencia del cristianismo tenía que ser una postura aun más radicalmente negativa para el orden político que la de los estoicos?

Pero he aquí, también, cómo este aspecto comunitario, político, del hombre, queda enfocado y

resuelto por la misma ley del amor. Porque para la filosofía cristiana, el hombre no es un mero «consistir en», sino un «ser para», ya que todo su ser se concreta en su función. No agota su ser en sí mismo, no satisface en sí mismo, es un ser constantemente referido a un mundo, que es el de su prójimo y del cual necesita. No es en plenitud, esto es, en vía de perfección, sino en la medida en que consiste, convive con otros hombres, porque el obligado a hacerse del hombre es siempre un quehacer de amor.

En esto reside, no solamente la explicación primaria de la existencia de un orden social y la justificación del poder político que lo encarna y representa, sino también el deber cristiano de colaborar, de cooperar por la acción en los afanes políticos de cualquier situación dada, pues desde todas cabe abrir vía al quehacer cristiano del hombre.

Al cristianismo no le es dado prescindir de la acción. No hay cooperación con Cristo sin la aceptación en la obra creadora de una responsabilidad. Que estas obligaciones no tengan todas la misma universalidad, no modifica en nada este deber.

Vemos, pues, una vez más, la radical diferencia que hay a estos respectos entre el estoicismo y el cristianismo. El orden cristiano no es estático, se rehace constantemente. Hasta el fin del mundo estará haciéndose, porque todas las almas están llamadas a integrarse en su construcción. Es un orden esencialmente dinámico—pese a tanto integrista de ahora y de siempre, de buena o mala fé,—y es preciso que el hombre tenga conciencia de ello para no permitirse el reposo. La acción del hombre es, en suma y resumen, necesaria para Dios, pues el hombre para Dios, es un colaborador indispensable. Si tal hombre no actúa, tal otra alma no será salvada y no olvidemos que la actividad esencial y primaria del hombre en la historia es siempre una actividad política.

Así se explica, y no por un falso concepto de la resignación cristiana, el sometimiento indubitable y la leal colaboración que los cristianos prestaron desde el primer momento al orden político en que se hallaban insertos en el momento histórico de la predicación: al Imperio Romano. Fué una postura activa y consciente, justificada como necesaria.

«No hay potestad que no venga de Dios—non est potestas nisi a Deo—por lo cual el que resiste a la potestad resiste a Dios o a la ordenación de Dios. No son los que obran bien los que sienten temor de la potestad, sino los que obran mal. ¿Quieres no temer a la potestad? Obra bien. La potestad es ministerio de otros para tu bien».

Esta es la afirmación que hace San Pablo y esta doctrina que aparece condensada en definición tan acertada, vuelve a repetirla en varias ocasiones.

(Continuará)

